

CARLOS SISÍ

PANTEÓN



No era una tumba...
era una cárcel

premio minotauro 2013

La Tierra, el planeta original, explotó hace algo más de diez mil años. Por aquel entonces el hombre ya había iniciado su periplo por el espacio. En esta nueva Era, la guerra y la paz son elementos de una misma balanza que se equilibran cuidadosamente desde La Colonia, el enclave científico por excelencia. Desde allí, la controladora Maralda Tardes detecta actividad bélica en un planeta alejado de cualquier ruta comercial, y decide iniciar un protocolo estándar de inspección. Mientras tanto, Ferdinard y Malhereux, dos jóvenes chatarreros, esperan pacientemente en el subsuelo de dicho planeta a que acabe la guerra en la superficie para saquear los restos del combate y extraer un succulento beneficio. Entre los restos de la batalla encuentran un extraño artefacto que parece pertenecer a una civilización antigua y desconocida y tras el que van los atroces mercenarios sarlab y los científicos de La Colonia por igual. Poco se imaginan Mal y Fer que lo que tienen en su poder podría ser la llave para liberar una amenaza más antigua que la galaxia.

X Premio Minotauro (2013)

En esta décima edición del Premio Minotauro, Premio Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica, el jurado, compuesto por Fernando Delgado, Juan Eslava Galán, Laura Falcó, Ángel Gutiérrez, Ángela Vallvey y David Zurdo acordó conceder el galardón a esta obra, en Madrid, febrero de 2013.

A mis Viebels.

1

La copa invertida

Con la notable excepción del suave zumbido de las viejísimas máquinas, un sosegado silencio flotaba en el interior de la nave. No era, a decir verdad, un zumbido molesto; se asemejaba más al apacible ronroneo de un pequeño gatito, pero después de tres días soportándolo, los dos únicos tripulantes lo percibían con un expansivo dolor de cabeza.

Ahora, sin embargo, permanecían atentos a la pantalla de sus consolas, expectantes.

—Creo que ya está —susurró Malhereux.

Ferdinard le dedicó una mirada apreciativa mientras ponía en orden sus sensaciones. Luego, asintió casi imperceptiblemente.

—¿Seguro? —preguntó.

Malhereux chascó la lengua.

—Bueno, nunca estaremos seguros. Pero mira los indicadores —dijo, tocando con el dedo flexionado la pantalla—. Ahí arriba no queda nada. Nada. Ni una pequeña señal.

Malhereux tenía razón, como casi siempre, pero su colega quería asegurarse. En esa profesión, la prudencia era el corolario de la supervivencia. Al fin y al cabo, llevaban demasiado tiempo bajo tierra, esperando pacientemente, como para cometer un error en el último momento.

El soplo había sido tan excelente como caro: no era habitual obtener información de primera mano sobre dónde y cuándo habría una escaramuza entre dos de las principales facciones, pero cuando tuvieron la oportunidad, invirtieron

sin dudarlo. Desde entonces, habían estado ocultos esperando a que la batalla culminara, escondidos en un lugar que nadie imaginaría: a veinte metros bajo tierra. Era el sitio perfecto. Acechar en la órbita del planeta era tan descabellado como peligroso: alguna de las facciones podría pensar que eran colaboracionistas, o quintacolumnistas, y enviar una patrulla para dejarlos fuera de juego. Pero allí, bajo tierra, con la nave tan aletargada como les era posible, podían pasar por restos de maquinaria antiguos que ya no interesaban a nadie.

La guerra. La guerra era una constante en todas partes; siempre había alguien enfrentado a algún otro, y ellos hacían de esas guerras (entre otras cosas) su negocio.

Los datos de los sensores eran la única referencia que tenían de lo que ocurría arriba, y éstos daban luz verde por fin. Malhereux estaba en lo cierto, sí, pero cuando se trataba de contiendas bélicas como la que acababa de culminar en la superficie, las cosas eran complicadas. Ya no se trataba de viajar a un viejo escenario desolado por la guerra y rapiñar metal o tecnología de alguna nave abandonada, sino que eran las hienas furtivas que llegan hasta la pieza antes que nadie. Querían rebañar la carne que todavía quedaba pegada al hueso antes de que los verdaderos leones vinieran a reclamar lo que era suyo por derecho. El bando ganador había avanzado para seguir haciendo presión en algún otro punto, pero, técnicamente, los restos que quedaban atrás, esas ruinas humeantes de prodigiosas máquinas de guerra vencidas, pertenecían a cualquiera que se erigiese victorioso, ¡y vaya si eran valiosos! Ese tipo de vestigios nunca se desaprovechaban. Los vehículos y los robots averiados podían repararse, las armas podían volver a ponerse en uso y los sofisticados trajes de combate de los soldados se reciclaban. Cada una de esas cosas valía una pequeña fortuna. En especial los robots. Éstos eran su premio favorito. Los robots podían reprogramarse para hacer un sinfín de cosas y se vendían bien. Sin preguntas.

Pero si los pillaban robando... Bueno, si los pillaban, podían despedirse de todo. Serían ejecutados allí mismo, y su vieja nave desmantelada para formar parte del complejo engranaje de la guerra.

—Está bien —dijo Ferdinard despacio, después de considerar las cosas—. Está bien, salgamos a la superficie.

Malhereux asintió con una sonrisa y regresó a su asiento, y cuando se lanzó sobre él, éste protestó con un crujido. Luego comenzó a accionar los controles, y la nave respondió volviendo lentamente a la vida. El zumbido se agudizó, y una miríada de pequeños indicadores aparecieron en el panel frontal. Después, todo empezó a sacudirse con una vibración.

Ferdinard se desplazó hasta su asiento y se aseguró los cinturones cruzados con cara de fastidio.

—Algún día, algo fallará y nos quedaremos sepultados en este... En este ataúd de metal —soltó.

—No seas agorero. Siempre dices eso, ¿sabes? Cada vez. ¡Pero la vieja Sally aún está en buen estado!

—Algún día.

Sally, llamada así por su número de identificación, impreso con grandes caracteres en el lateral del fuselaje, 5411Y, empezó a abrirse camino bajo la tierra. La estructura vibraba mientras la roca era retirada del frontal y conducida hacia la parte de atrás, convertida en un polvo estéril. La estructura principal, de hecho, era de un diseño de hacía cincuenta años, un modelo de nave usada en planetas mineros para abrir túneles. Aunque no aparecían en las especificaciones originales, alguien había terminado acoplando capacidades de vuelo espacial, quizá para trasladar la nave de un planeta a otro o para permitirle hacer trabajos en campos de asteroides, ricos en minerales y mucho menos explotados que los planetas.

Ferdinard y Malhereux compraron a Sally cuando eran dos jóvenes llenos de vitalidad con una prometedor carrera por delante. La obtuvieron por un buen precio y, lo más

importante, con toda la documentación en regla, lo que no era habitual. Su idea era ganarse la vida cavando túneles para varias compañías mineras, y su plan funcionó durante un tiempo. Pero la abundancia de minerales hacía que el planeta fuera muy codiciado, y la guerra no tardó en llegar hasta allí. Cuando los piratas aparecieron, el brutal y despiadado ataque les sorprendió bajo tierra, cavando uno de los ramales de explotación. Dejaron el 5411Y en estado latente y permanecieron ocultos sintiendo como la tierra temblaba por las explosiones a su alrededor.

Después de algunas horas, todo había terminado. Al salir se encontraron con un paraje de completa desolación. Las estructuras habían sido quemadas, y todos los trabajadores, incluidos los directivos y sus familias, asesinados. Ferdinard clavó las rodillas en el suelo y lloró por primera vez desde que era pequeño.

Todo ocurrió un par de semanas antes de recibir el pago por varios meses de trabajo.

Mientras Ferdinard daba gracias por haber sobrevivido, Malhereux, tan pragmático como siempre, estaba histérico por la situación financiera a la que se enfrentaban. Habían gastado un montón de créditos en células de energía y sustento, y si no cobraban el dinero que se les debía, tendrían que encontrar otra cosa, algún trabajo eventual que les permitiera recuperarse y seguir con el viejo negocio. En una especie de arrebato, Malhereux comenzó a cargar algunos de los robots de campo de la compañía minera en la nave. Ferdinard no podía creer lo que estaba viendo: sabía que los piratas podían sorprenderles en cualquier momento, pero su socio continuaba arrastrando cacharros y cualquier cosa de valor que encontraba en el interior de la nave, desde medidores a contenedores de células de energía. Le pidió que parara, y se lo pidió chillando, con lágrimas resbalando por las mejillas, pero Malhereux no hizo caso.

Pero aquello les salvó.

No sólo consiguieron escapar, sino que ganaron una buena cantidad en el mercado negro vendiendo aquel material. Una cantidad nada despreciable.

Malhereux estaba entusiasmado. Veía posibilidades por todas partes.

—¡Las guerras, Fer! —decía a menudo—. Este puto... universo... está loco. Tenemos la oportunidad de aprender de lo que nos ha pasado. Sacar algo bueno de lo malo, ya sabes. Mira, las mega-corporaciones invierten fortunas en sus pequeños juguetes tecnológicos para obtener la supremacía en sus eternos combates de mierda. Por ejemplo... coge el SH-30, ese súper androide de combate...

—Dios, estás loco.

—Escucha. Fabricarlo cuesta unos seis millones de créditos, pero sus componentes, individualmente, valen todavía más en el mercado negro. ¿Sabes cuántas de esas cosas quedan después de una batalla? Escuadras enteras... decenas, tal vez cientos de unidades. Un disparo bien dado, y seis millones de créditos quedan en el suelo listos para que un par de tipos con suerte los recojan.

—Estás loco. En serio. Si intentas acercarte a uno de esos sitios, te reducirán a polvo espacial.

—Lo sé —admitió Malhereux, visiblemente nervioso—. Joder, no estoy diciendo que nos metamos en mitad del combate, ¿vale? Pero... ¿y toda la mierda que suelen dejar después de recoger lo más valioso? Metal, trozos de equipo, cinturones estabilizadores... ¡yo que sé, cualquier cosa! Ese deshecho que nadie quiere puede suponer entre tres y diez mil créditos si nos lo montamos bien. ¿Lo pillas?

Ferdinard tuvo que admitir que aquello, contra todo pronóstico, tenía sentido. Lo que habían hecho en el planeta minero tenía cierto regusto inmoral; aunque la mayoría de aquellas cosas habría acabado en manos de los piratas de todas formas, Mal prácticamente le había arrebatado el equipo a aquellos cadáveres de sus manos agarrotadas. Pero obtener material de las mega-corporaciones en eterna

contienda era otra cosa. Aquellos monstruos lo devoraban todo a su paso: sólo les interesaba el beneficio, y si podían quitarles un trozo de ese pastel, a Ferdinard le parecía perfecto.

En el fondo era una forma de ver el negocio de la chatarra como algo casi heroico.

Con el visto bueno de su socio, Malhereux realizó algunos contactos, invirtiendo parte de las ganancias. Le costó tiempo, pero consiguió buena información sobre los lugares donde se habían producido combates, información privilegiada que solía calificarse de alto secreto: lugares abandonados que ya no representaban un punto de interés estratégico, estaciones diezmadas por ataques que luego no habían sido restablecidas y cosas así.

—Esto parece peligroso —objetó Ferdinard.

—Vamos, Fer, son sitios donde a nadie le interesa ir. Abandonados, ¿entiendes? Vestigios de mierda.

—¿Y si han dejado alguna patrulla? Cosas como... centinelas dormidos. He escuchado historias sobre eso.

Pero Mal estaba decidido.

—La información es buena —decía—. Nos ha costado una fortuna, y vamos a sacarle rendimiento.

El tiempo demostró que Mal tenía razón. Los lugares que visitaban a menudo habían sido saqueados no una, sino varias veces, pero aún había cosas aprovechables. Con el tiempo, se volvieron muy buenos en su trabajo. Había cosas, como valiosos sistemas de comunicaciones, que se escondían tras los paneles de las instalaciones y que los saqueadores, más chapuceros, pasaban por alto. Ese tipo de objetos rendían buenos beneficios.

Los años pasaron rápidamente.

Ahora, *Sally* emergía a la superficie del planeta arrojando un géiser de tierra y rocas. El morro, con sus dos troneas características, se elevó en el aire una decena de metros y cayó pesadamente sobre el suelo despidiendo una vaharada de humo blanco.

—Listo —dijo Malhereux.

—Lanzando señuelo —exclamó Ferdinand.

Tan pronto pulsó un par de opciones en la pantalla, Sally escupió un pequeño dispositivo por su parte superior. El dispositivo, en el que brillaba una pequeña luz roja intermitente, se elevó en el aire varios metros y allí empezó a desacelerar hasta detenerse. Luego, se estremeció con un par de sonoros clics. Por último, la luz parpadeó a intervalos irregulares con mayor y menor cadencia, y el dispositivo se retiró rápidamente regresando al agujero por el que había salido.

El señuelo era una parte importante del proceso, una especie de salvavidas que montaron sobre Sally después de un par de experiencias desagradables. En ese trabajo, uno descubría una cosa nueva cada vez si se sobrevivía para aprender del error. El señuelo no era más que un pequeño dispositivo que emitía señales en diversas frecuencias. Esas señales atraían cualquier selector de blancos que aún estuviera en funcionamiento. Cosas como los robots y las máquinas de guerra podían ser muy traicioneras una vez averiadas; en apariencia podían haber sido alcanzadas, y también podía fallarles la movilidad y no atender a procesos lógicos en su programación pero, a pesar de ello, en ocasiones, sus funciones primarias de marcar objetivos y disparar continuaban en perfectas condiciones, y eso los convertía en trampas mortales. El señuelo servía para sacarlos de su letargo y atraer sobre sí cualquier señal de ese tipo.

Ferdinand estudió los resultados en pantalla.

—Vale, señuelo limpio.

— ¿Y qué dice Sally?

Ferdinand no se había despegado de la consola. Los datos empezaron a inundar el terminal formando listas con cifras de diferentes colores.

—No te va a gustar, Mal. Atmósfera no respirable —dijo—. Además hay trazas de Bachelor F. Qué hijos de puta.

Hay algunas señales, pero nada destacable. Todo el mundo está frito.

—Bueno, no está mal —contestó Malhereux, sacudiendo la cabeza—. Lástima lo de la atmósfera. Odio esos trajes.

—Ya. Vaya mierda de planeta, por cierto. Me pregunto por qué pelean aquí. Estuve mirando la composición... hay sedimentos minerales que podrían ser yeso, depositados por agua, pero poca cosa más.

—Quién sabe. Posiciones estratégicas, bases para futuras rutas, comunicaciones... Ni lo sé, ni me importa.

—De acuerdo —concedió Ferdinard, encogiéndose de hombros—. Voy a enviar a Bob y al resto de los chicos mientras nos preparamos.

Sally permanecía detenida sobre la superficie del campo de batalla, emitiendo vaharadas de humo blanco a intervalos irregulares. A su alrededor había una enorme profusión de restos de máquinas, soldados caídos y vehículos, conformando un confuso manto de metal retorcido. Había de todo, desde pequeños salteadores monoplaza a pesados blindados clase Mamut. El más cercano, con las bandas amarillas distintivas de un vehículo comandante, estaba prácticamente volcado de costado, tocado de muerte por un atroz agujero, perfectamente redondo, de renegridos bordes abrasados. El largo cañón apuntaba hacia el horizonte como un dedo acusador. Columnas de humo se elevaban hacia el cielo anaranjado en mitad de una densa capa de gas tóxico, un evidente vestigio del infame virus Bachelor que tan a menudo se empleaba en la guerra, y que le daba a la escena una distintiva tonalidad verdosa.

De pronto, el costado de *Sally* se abrió con un crujido metálico. El panel se elevó lentamente, acompañado de quejumbrosos sonidos hidráulicos, hasta que quedó completamente horizontal; y entonces se detuvo. Y de ese hue-

co oscuro y profundo emergió una forma metalizada de aspecto vagamente humanoide.

Bob era en realidad un Centurión, un robot centinela de alta gama. No atendía órdenes verbales, sólo su programación básica de defender la nave y a sus tripulantes, así que ese nombre (elegido por Malhereux) era tan bueno como cualquier otro. Había sido diseñado como mercenario de combate, y los dos socios pagaron una suma escandalosa por él. Sin embargo, era una adquisición largamente aplazada pero imprescindible. Un guardaespaldas, un protector, un arma inteligente que pudiera responder en caso de problemas; había muy pocos robots y casi ningún androide que pudieran hacerle frente como no fuera en clara superioridad numérica.

Diseñado también para la intimidación, todo en su aspecto exterior estaba cuidadosamente concebido para infundir desasosiego, desde el fiero gesto de su máscara facial hasta las redondeces de sus brazos mecánicos, que parecían músculos hiperdesarrollados. La postura ligeramente encorvada y la envergadura de sus anchas espaldas ayudaban a reforzar su apariencia más animal.

Bob abandonó el interior de la nave y avanzó resueltamente por entre los escombros. Su tonelada y media provocaba que muchos de los restos que pisaba sucumbieran bajo sus pies, soltando sonidos metálicos y lluvias de chispas. Una vez hubo recorrido unos metros, se detuvo inesperadamente; entonces, la línea de visores de su cabeza comenzó a girar de uno a otro lado, barriendo el perímetro de la nave. Sólo cuando hubo descrito una vuelta completa se encogió sobre sí mismo, plegando brazos y piernas y cubriendo las partes mecánicas con su blindaje. Ahora ya no recordaba a una forma humana; parecía más bien la unidad de procesos de algún ordenador, un terminal basto y de aspecto algo anticuado.

Por último, una pequeña luz verde intermitente comenzó a refulgir en mitad de su pecho.

En ese momento, un pequeño comité de robots más pequeños salieron diligentemente del hangar. Parecían arañas, con sus múltiples patas flexibles y su cuerpo cilíndrico y alargado. Producían un sonido furtivo, como el de cientos de insectos arrastrándose por el suelo.

Las arañas empezaron a trabajar inmediatamente, explorando la chatarra y arrastrando cualquier cosa de valor que pudieran encontrar. Si se trataba de algo pesado, varias de ellas aunaban fuerzas para arrastrarlo, y cuando cogían algo, cualquiera de sus múltiples patas hacía las veces de brazos. Con el tiempo, Malhereux había mejorado mucho la programación de aquellas unidades; esas cosas se le daban bien. De alguna forma, aquellos cacharros se habían convertido en chatarreros expertos altamente cualificados; sabían qué cosas buscar, cuáles llevar al interior de la nave y cuáles desechar.

Después de un rato, Ferdinard y Malhereux salieron también del hangar, equipados con sus trajes espaciales. Un casco con forma de pecera les cubría la cabeza.

—¡Mira todo esto! —exclamó Mal cuando tuvo delante el escenario de la contienda. A su alrededor, los robots araña se afanaban en sus tareas; uno de ellos estaba utilizando un finísimo láser para perforar el pecho de un robot de asalto, sin duda para extraer algunos componentes vitales de su mecanismo.

—¡Es... Es impresionante! —soltó Ferdinard.

—¡Te lo dije! ¡El soplo era bueno! ¿Ha merecido la pena o no?

Ferdinard no contestó, estaba demasiado abrumado. Pero no hacía ninguna falta. Los dos sabían que se encontraban en un océano de créditos. Donde quiera que mirasen, sus ojos expertos revelaban sofisticadas células de energía, proto-cerebros, costosísimos engranajes, placas de procesos, circuitería variada, transmisores... y en su cabeza, todo se convertía en cifras de tres, cuatro y hasta seis dígitos.

—¡Mira esto, Fer! ¡Mira estas bellezas!

Mientras Malhereux revoloteaba de un lado a otro admirando tanta promesa, Ferdi miró hacia el cielo. Las densas nubes se estremecían con destellos y deslumbrantes relámpagos, pero no eran de tormenta. Allí arriba, cerca del límite de la estratosfera, el combate entre las facciones continuaba a un nuevo nivel: nave contra nave. Ferdinand imaginó chisporroteantes descargas de iones cruzando el espacio para terminar impactando contra los cascos de las naves, acompañados de un abrumador intercambio de ráfagas láser.

Podía ser un escenario aterrador, pero eso les daba tiempo. Mientras estuvieran enfocando todos sus recursos en combatir y subyugar a sus enemigos, no se fijarían en ellos.

De repente, al bajar la vista, Ferdinand vislumbró algo que le llamó la atención.

—Un momento... ¿qué es esto? —dijo.

—¿El qué?

—Esto... mira la mano de este robot. ¡Corre, ven!

Mal se acercó y echó un vistazo. Arqueó una ceja. Allí había una mano que imitaba perfectamente la de un ser humano: tenía cinco dedos, y uno de ellos era un pulgar. Las falanges mostraban pequeños engranajes miniaturizados.

Definitivamente no era el tipo de mano que conocían. Los robots de combate, como casi todos en realidad, solían ser burdos. Sus manos eran apenas apéndices ligeramente articulados, suficientes para operar controles básicos, cosas como puertas o palancas, y sobre todo para sujetar armas. Era una buena manera de mantener los costes bajos.

—Pero ¿qué...? —exclamó Malhereux.

Se agachó para tocar la mano artificial. Los dedos se plegaron como lo harían los suyos cuando cerró el puño a su alrededor.